

marido á luchar contra aquellos tiempos árdulos y los peligros que lo rodeaban. Hasta su tiempo se habia pronunciado el panegírico fúnebre de las viejas, pero no el de las jóvenes; César, infiel á esta costumbre, pronunció desde lo alto de la tribuna el discurso elocuente de Cornelia, que falleció á la edad de veinte y cuatro años. En esta misma tribuna fué adonde Mário habia colgado la cabeza de Marco-Antonio, el abuelo del triúnviro, adonde Sila colgó la del jóven Mário; y adonde Marco-Antonio colocó la cabeza, todavia ensangrentada, de Ciceron. Todos los autores latinos atestiguan la impresion profunda y tierna que produjo el discurso de César á favor de Cornelia. Pompeya, su tercera muger, hija de Pompeyo-Rufo y sobrina de Sila parecia destinada para hacerle experimentar vívamente la pérdida que acababa de sufrir. Pompeya era tan inconstante, tan violenta en sus pasiones, tan atronada en su conducta, como Cornelia habia sido fiel, virtuosa, prudente y rendida á su marido. Esta union política, por cuyo medio esperaba escaparse César de la venganza de sus adversarios y preparar su poder, fué desgraciada.



Aurelia, madre de César, gobernaba la casa de su hijo: era una matrona austera y virtuosa de los antiguos tiempos, quien no tardó en adivinar las inclinaciones viciosas de su nuera, y quien la sometió á una vigilancia rígida. Uno de los que frecuentaban con la mayor asiduidad la casa de César, era Publio Clodio, romano de una familia ilustre, y cuyos abuelos se perdian en la noche de los tiempos anteriores á la misma fundacion de la ciudad. Tenia veinte y dos años; era rico, pródigo y bravo. A su hermosura natural se unia un aire de in-